

Bruni, Luigino, *The Genesis and the Ethos of the Market*, Palgrave MacMillan, 2012. Xiv + 221 pp., ISBN: 978-0-230-34845-5.

Ricardo Crespo, Universidad Austral
rcrespo@iae.edu.ar

“La sociedad mercantil [market society] es la solución más radical a la dolorosa ambivalencia de la vida en común. Un creciente sector de la sociedad civil espera el día en que sea posible crear una red de contratos que, gracias a la cultura de la inmunidad, regule todas las relaciones humanas, desde la salud a la educación, desde la política a la familia” (2012, 203). Así comienza la conclusión del libro de Bruni. Fuera de contexto, parecería una proclama economicista propia del programa de Chicago del imperialismo de la teoría económica sobre las otras ciencias sociales. Sin embargo, no es así. Bruni no cae ni en este extremo ni en el contrario: la condena del mercado.

El libro de Bruni es un trabajo interdisciplinar que combina elementos de economía, historia, filosofía, sociología y antropología con el fin de explicar el “ethos” actual del mercado y de proponer un funcionamiento más “humano” de éste. En consonancia con este espíritu interdisciplinar, Bruni trata de evitar los dualismos, especialmente entre economía y moralidad. No cae en una actitud fatalista: “dado que no podemos evitar la actual prevalencia del Mercado, busquemos atenuantes morales”. Se trata, en cambio, de una propuesta positiva que ve el rol del mercado como inseparable de la comunidad, como parte del esfuerzo de la sociedad civil por buscar y trabajar mancomunadamente en pro del bien común.

El hombre es intrínsecamente relacional, sostiene Bruni en acuerdo con la tradición clásica. Sólo puede perfeccionarse en el ámbito de la sociedad. Sin embargo, la sociedad también contiene las semillas del conflicto entre sus miembros. Esta es la raíz del carácter ambivalente de la sociedad sostenido por Bruni.

Los primeros capítulos del libro contienen la base histórica en los que se apoya su propuesta. Pienso que ésta es la parte más discutible del libro.

Encuentro que sus interpretaciones de los hechos históricos son simplistas, construidas en función de su tesis. Se trata de intuiciones razonables, pero de ningún modo probadas. Requerirían análisis más finos, fundados y matizados. Podría ser un programa para el mismo Bruni.

El libro comienza describiendo la naturaleza jerárquica de las sociedades antiguas, fuente de desigualdad y conflicto. Bruni sostiene que el individuo fue absorbido por la comunidad hasta el nacimiento de la edad Moderna. Pero algo se perdió en la transición: pasamos de una comunidad sin individuos a los actuales individuos sin sociedad (este es un ejemplo de las intuiciones que requieren matices y pruebas). El capítulo 2 se ocupa de la ambivalencia y fragilidad de la vida en común en Israel y Grecia. Ya está presente en el Génesis: Adán y Eva, Abel y Caín, Esaú y Jacob. Para Aristóteles, la *eudaimonia* (felicidad en el sentido de realización o “florecimiento” –flourishing–) requiere amistad y reciprocidad; por tanto, es contingentemente dependiente de los demás. La solución de Platón de hecho niega la comunidad. El monaquismo sigue este camino.

El capítulo 3 describe otras soluciones a la ambigüedad social: primero, los pactos y leyes. Luego, la solución aristotélica basada en la *philia* electiva entre los pocos iguales; finalmente, el *agape* cristiano, una especie de reciprocidad incondicional, carácter que acrecienta su fragilidad.

La fraternidad Franciscana es el tema del siguiente capítulo (4). Bruni hace notar la paradoja Franciscana: un movimiento focalizado en el desprendimiento y la pobreza que valora positivamente el comercio. Explica que el *agape* Franciscano está en el corazón del movimiento en sus comienzos, pero después deriva en una *philia* electiva de tipo aristotélico. El mercado funciona bien en el contexto de la buena fe y confianza propia de la *fides* cristiana medieval. Sin embargo, como se destaca en el capítulo 5, el mercado tiene una vocación universalista. De hecho, empuja el proceso de la sociedad jerárquica a la igualitaria. La Reforma de Lutero también presiona en esa dirección: la *fides* cristiana y la *philia* dejan de ser los fundamentos del mercado y son reemplazadas por el contrato moderno. La concepción de la iglesia de Lutero es igualitaria. Sin embargo, para él, mientras los individuos pueden tener una relación directa con Dios, dadas las consecuencias conflictivas del pecado, las relaciones con los otros deben mediar por el poder político. Hobbes entra entonces en la escena. En vez de la polis natural, promueve un estado artificial, el *Leviathan*, con el fin de controlar a

los individuos naturalmente insociables. La concepción de Locke es más cercana a la clásica, porque el contrato no es substitutivo (como para Hobbes) sino subsidiario de la sociabilidad natural. Para Hobbes, explica Bruni, no hay un “Yo” y un “tú”, sino un “Yo” y otro “no-Yo”. Su individuo es solitario, como en las sociedades contemporáneas. Bruni ilustra los diferentes modelos de interacción de los individuos correspondientes a las diferentes visiones de la sociabilidad con ejemplos de teoría de juegos.

En el nuevo marco social de la modernidad, las relaciones en el mercado son cada vez más anónimas, despersonalizadas y se requieren algunas instituciones para garantizar la alineación de los intereses individuales con el bien común. La mano invisible sólo funciona en un ámbito institucional, en un estado de derecho. “No es de la benevolencia del carnicero”, afirma Smith: el mercado no depende de la benevolencia. Para Smith, el carácter impersonal de las relaciones en el mercado es civilizador y conduce al bien común. Los mercados no expulsan –son incluso condiciones– la amistad; pero no son su lugar. Las relaciones neutrales del mercado invaden crecientemente todos los campos de la vida humana, deshumanizándola.

Los capítulos 8 y 9 introducen las raíces históricas de la propuesta de Bruni: la tradición de la economía civil, una economía de virtudes civiles. Bruni ha escrito extensamente sobre Antonio Genovesi, un filósofo y economista Napolitano. Recuperando la tradición clásica de la *polis* basada en la *philia*, Genovesi también piensa que el mercado ha de construirse sobre la *philia*. Para Genovesi la reciprocidad, la asistencia mutua, la fraternidad, son elementos típicos de la sociabilidad humana. Para él, el mercado es parte de la sociedad civil, y como ésta, requiere el amor de los individuos al bien común y la fe pública de modo de funcionar adecuadamente.

Las virtudes civiles están incorporadas en el comercio. El comercio posibilita la satisfacción de las necesidades de los individuos en un espíritu de reciprocidad: la *philia* es el fundamento de la vida civil, incluyendo el mercado. Mientras para Smith la vida civil está caracterizada por el interés, para Genovesi lo está por la asistencia mutua, que va más allá de la ventaja mutua. Aquí Bruni nota la similitud de las ideas de Genovesi con las teorías actuales de la “racionalidad colectiva” o “team thinking”: la máxima es “*nosotros* tenemos que tener como fin ser útiles a los demás”. Además, Bruni muestra mediante un ejemplo de teoría de juegos cómo esta máxima recibe el mayor pago, en el contexto de un marco educativo y cultural adecuado.

Otro representante de la escuela de la economía civil mencionado por Bruni es Giacinto Dragonetti. Dragonetti propuso una teoría de la acción humana basada en premios, que son reconocimientos ex-post; por eso son distintos de los incentivos, que son motivaciones ex-ante. Esta diferencia es relevante pues Dragonetti muestra que los premios no descansan en una motivación utilitarista, sino que se insertan en la tradición aristotélica de la ética de virtudes. La recompensa que él recomienda es un premio a una acción que requiere esfuerzo y que va más allá del interés privado: se orienta al bien común. La persona no actúa buscando el premio, sino movida por el valor intrínseco de la acción. Dragonetti no está en contra del auto-interés sino que trata de hacerlo compatible con la virtud; busca una reconciliación entre éstos. De hecho, dado que el mercado y el comercio son condiciones necesarias para la felicidad pública (como también sostiene Aristóteles), son un modo de premiar a la gente. Bruni escribe: “Dragonetti ve al comercio como parte del sistema para premiar a la virtud. Es virtuoso satisfacer las necesidades de los otros y, facilitando transacciones mutuamente ventajosas, el mercado premia a la virtud” (2012, 149). Las enseñanzas de Dragonetti para hoy pueden ser útiles en la literatura sobre incentivos y premios.

Una vez recorrido el camino previo, los capítulos 10-12 contienen la propuesta de Bruni: concebir al mercado como una fraternidad civil. La asistencia mutua va más allá de la ventaja mutua pero no son incompatibles. Más aún, sin el contenido moral el mercado no funciona bien. La fraternidad en este marco no significa mero altruismo, sino concebir al mercado como una tarea común, como la acción colectiva de un equipo. Este enfoque difiere del clásico enfoque económico. Dice Bruni: “hoy día el modo convencional de concebir las relaciones del mercado está caracterizado en el marco de la teoría económica y social por dos grandes contraposiciones: el mercado contra lo social y el auto-interés contra el altruismo. El marco conceptual de la teoría económica moderna y contemporánea no ofrece un modo de concebir las relaciones entre individuos como simultáneamente ventajosas (...) y genuinamente sociales” (p. 165). Bruni aplica estas ideas al “mercado del cuidado” evitando así las demandas abusivas a los trabajadores en nombre de su vocación. Se relaciona con esto la consideración de Bruni de la posibilidad de un “mercado *agápico*”, de reciprocidad incondicional. Sería obviamente más rico que el basado en la *philia*, pero al mismo tiempo más riesgoso. Este sería un propulsor extraordinario de la innovación pero, si desprecia los

resultados, puede dar origen a una visión muy idealista, que conduzca a empresas insensatas. Bruni prefiere sin embargo correr estos riesgos: “cuando el *agape* encuentra lugar en la historia abre nuevas posibilidades, acrecienta los grados de libertad, produce cambios duraderos” (2012, 201). Para que estas ideas sean operativas se requieren premios sostenidos institucionalmente en un marco de leyes justas. Necesitamos ciudadanos educados e instituciones civiles.

En resumen, la propuesta de Bruni consiste en una rehabilitación actual de la economía civil en la que las interacciones económicas son simultáneamente morales, fraternales y mutuamente ventajosas. Recupera ideas clásicas en una forma moderna. Es una propuesta atractiva. El libro merece entonces una especial atención.